*Connaturalidad por connaturalidad*¹

A mi Negrito Donato

Al cumplir cincuenta años de sacerdote (1946-1996), el Papa Juan Pablo II les aconsejaba en tono confidente a los presbíteros:

El estudio, para ser auténticamente formativo, tiene necesidad de estar acompañado siempre por la oración, la meditación, la súplica de los dones del Espíritu Santo: la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios. Santo Tomás de Aquino explica cómo con los dones del Espíritu Santo, todo el organismo espiritual del hombre se hace sensible a la luz de Dios, a la luz del conocimiento y también a la inspiración del amor. La súplica de los dones del Espíritu Santo me ha acompañado desde mi juventud y a ella sigo siendo fiel hasta ahora².

Distingue el Doctor Angélico tipos graduados de experiencia que, a su vez, guardan cierta correspondencia con las formas de conocer del hombre. Hay experiencia de lo sensible, directamente relacionada con la sensibilidad, que encierra una amplia gama de facultades sensitivas que, desde el tacto hasta la estimativa humana van aprovechando y recuperando la noticia sensible. También se conocen por experiencia –pero intelectual, es decir, por intuición intelectual- los primeros principios, siendo despertado espontáneamente el hábito de ellos por un primer contacto con las realidades singulares³.

A su vez, es la memoria la que, especialmente, interviene en el pasaje a la experiencia intelectual que supone y complica las experiencias sensibles individuales, pero en una consideración histórica. Es decir: más allá de la utilización de los datos sensibles como materia del conocimiento racional específicamente humano, lo aprovechado es la misma experiencia, un aprovechamiento de lo que el sujeto ha elaborado en su referencia al objeto gracias a su sensibilidad. Si bien aún no se da una universalidad judicativa acerca de lo conocido, propia de una forma científica de conocer, se ha conformado en el sujeto cognoscente una suerte de “sobrenaturalidad” por la cual resulta habituado a conocer de esa forma; posee una luz que, sin medios, espontáneamente

¹ La presente ponencia corresponde a un apartado de un estudio más extenso “Mística y connaturalidad” (cfr. MORAL, VERDAD Y VIDA. En la tradición de Santo Tomás de Aquino. Homenaje a Fray Domingo M. Basso O.P., pp. 377-396. UNSTA, Tucumán, 2008). Asimismo, ha sido realizado dentro del marco de la Pontificia Universidad Católica Argentina, en la cual soy profesora tanto en el grado como en el posgrado.

² *Don y misterio. En el 50º aniversario de mi sacerdocio*. Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires 1996, 103. Significativamente, a renglón seguido, el texto continúa: “Ciertamente, como enseña el mismo Santo Tomás, la ciencia infusa que es fruto de una intervención especial del Espíritu Santo, no exime del deber de procurarse la ‘ciencia adquirida’”.

³ Para Santo Tomás, lo que repugna al conocimiento intelectual no es lo individual en cuanto tal, sino en cuanto material.

lo dispone a penetrar (*intus legere*) en ese objeto que, en general, conoce. Es lo que llamamos conocimiento experiencial –o experimental⁴-. Se trata de una síntesis integradora humano-espiritual.

En el primer capítulo del primer libro de la *Metafísica*, apenas después de haber expresado que todo hombre busca naturalmente saber y para justificar la superioridad científica, expone qué tipo de conocimiento es el de experiencia. Sin embargo, el hábito de los primeros principios *-nous-* sin duda de nivel superior, no es ciencia en el sentido aristotélico sino “experiencia”. Santo Tomás lo sigue. Se trata de una experiencia intelectual más bien caracterizada por comprometer a todo el hombre que adquirió afinidad con ese objeto frecuentado a “tratar”. Porque no es sólo ni estrictamente conocimiento del mismo sino una “simbiosis” precognitiva, un preconocimiento adquirido, un presaber cómo se comportará, después de haberlo sabido repetidamente. La asiduidad en el tratamiento de un objeto de alguna manera convierte al sujeto en un connatural suyo.

En el orden de la experiencia humana, más allá de los ejemplos clásicos, bien vale la pena mencionar los siguientes que atestiguan el valor de esta forma de conocer. La educación, proceso intencional desde el educador, es aprendizaje por connaturalidad del educando, aunque luego y más tarde, la búsqueda de justificación sea causal. Frases trilladas, pero no por eso menos ciertas, como “hay que educar con el ejemplo”, grafican lo expresado. El aprendizaje y la asimilación de la virtud, incluso de la cívica, es generada por una asimilación dependiente de un conocimiento por connaturalidad⁵. Los enfermos con problemas cognitivos, incluso en situaciones de inconciencia, conocen afectivamente por vías no lógicas –mejor dicho- no entendidas por la ciencia positiva, y reciben la información de lo que aparentemente no están en condiciones de elaborar, pero que sin embargo “sienten” y esa experiencia suele traducirse en una mejoría de salud.

Esto que se da en el orden de las cosas de la naturaleza, no puede darse respecto de Dios sino es por una acción divina iluminadora, en este caso sobrenatural, que es una luz amorosa por la cual Él es “contemplado” espiritualmente en lo más íntimo de nuestra realidad. Ese mismo conocimiento por connaturalidad, es la razón por la cual “los santos saben más teología que los teólogos”⁶. Es también, por último, el único conocimiento que

⁴ Cada vez que, en adelante, utilicemos este término, será en esta línea de significación y no según la acepción apropiada por las ciencias empíricas modernas.

⁵ Lamentablemente, lo mismo ocurre respecto de los vicios.

⁶ Conversaciones con el Padre Basso.

permanece en la vida eterna, que los bienaventurados tienen por una experiencia de amor infinita.

Puede decirse, entonces, que la primera experiencia a la que nos referimos nos asemeja a los animales, pues nos da a conocer como seres sensoriales. La segunda, nos distingue de ellos, pues nos presenta como intelectuales. Y la tercera, nos asemeja a Dios, pues nos proporciona a Él y abre el camino a la divinización.

Pero de los distintos sentidos de experiencia presentados en general por Santo Tomás, hay que prestar atención a la que el Angélico llama *conocimiento por connaturalidad*, centralmente desarrollado en el Tratado de la Caridad (*Suma de Teología*, parte II-II, cuestión 45), al explicar el Don de Sabiduría. El pasaje central de esa cuestión es el siguiente:

La sabiduría implica cierta rectitud de juicio conforme a las razones divinas. Pero la rectitud del juicio puede tomarse en un doble sentido: un modo, según el perfecto uso de la razón, y el otro por cierta connaturalidad (*propter connaturalitate quandam*) con aquello de lo que hay que juzgar. Por consiguiente, tener un juicio recto acerca de las cosas divinas por inquisición racional, pertenece a la sabiduría que es virtud intelectual, pero tener un juicio recto acerca de ellas según cierta connaturalidad (*secundum quandam connaturalitatem*) hacia ellas pertenece a la sabiduría en cuanto es don del Espíritu Santo, como dice Dionisio en el cap. 2 del *De Div. Nom.* que Hierotheo es perfecto en las cosas divinas no solo por aprenderlas sino también por experimentarlas (*non solum discens, sed et patiens divina*). Esta compasión (*compassio*) o connaturalidad para con las cosas divinas se hace por la caridad (*fit per caritatem*), que nos une a Dios, según aquello de I Cor. 6: quien está adherido a Dios es un solo espíritu (con Él). Así, la sabiduría que es don tiene ciertamente su causa en la voluntad, es decir la caridad, pero tiene su esencia en el intelecto, cuyo acto es juzgar rectamente⁷.

Estrecho paralelo puede establecerse con otro pasaje del *Comentario a las Sentencias* en el que, en un contexto semejante, la connaturalidad es presentada como afinidad: “la sabiduría, según el uso de su nombre, parece hacer referencia a cierta inminente plenitud en el conocimiento [...]. Esta plenitud en algunos se logra por el estudio y la doctrina[...]. Pero en otros se da por cierta afinidad con las cosas divinas como dice Dionisio de Hierotheo que ‘experimentando las cosas divinas las aprendió’ (*patiendo divina didicit divina*)”⁸.

No es el único caso en que recurre al texto del Pseudodionisio. Por ejemplo: “Como dice Dionisio en el segundo capítulo del *De Divinis Nominibus*, que Hierotheo (su maestro) ha sido perfeccionado en las cosas divinas no sólo aprendiendo, sino también

⁷ S.T., II-II, 45, 2c.

⁸ In III Sent., d. 35, q. 2, a. 1, q1a. 3.

padeciendo las cosas divinas (*non solum discens sed et patiens divina*). Pero tal compasión o connaturalidad a las cosas divinas se alcanza por la caridad que *nos* une a Dios, según aquello de la *Primera Carta a los Corintios* 6.17: ‘El que adhiere a Dios es un espíritu con Él’⁹. En el comentario al *De Divinis Nominibus*, donde esa frase se encuentra, dice Santo Tomás: “Aprendió (Hierotheo) las cosas que dijo (en el libro de los *Elementos teológicos*) por una cierta inspiración más divina que la que comúnmente se da a muchos, no sólo aprendiendo, sino también padeciendo las realidades divinas; esto es: no solo recibiendo la ciencia de las cosas divinas en el intelecto sino también amando, se unió a ellas por afecto. Pues la pasión parece corresponder más al apetito que al conocimiento, porque las cosas conocidas están en el cognoscente según el modo del cognoscente, y no según el modo de las cosas conocidas, pero el apetito mueve hacia las cosas según el modo en que son en sí mismas, y así de algún modo es aficionado a las mismas cosas. Como alguien virtuoso, por el hábito de la virtud que tiene en el afecto, es perfeccionado para juzgar rectamente acerca de lo que corresponde a esa virtud, así quien se aficiona a las cosas divinas recibe divinamente un juicio recto de las cosas divinas. Y por eso agrega que por la compasión de las cosas divinas, esto es porque amándolas se unió a ellas (si es que la unión de amor debe ser llamada compasión, esto es, pasión simultánea), Hierotheo fue perfeccionado, o sea, instruido, a la unión y fe de ellas, esto es, ‘que se una por la unión de la fe a las cosas que dijo’. Unión no enseñable, es decir que no puede ser enseñada por un magisterio humano, y mística, es decir oculta, porque excede el conocimiento natural”¹⁰.

Santo Tomás comienza tomando de Aristóteles el término “connaturalidad” y su sentido básico de connaturalidad moral. Solo más tarde y completando su significado por no identificar contemplación con especulación, lo aplica al conocimiento místico a través del don de sabiduría. Sin embargo, que el juicio por connaturalidad esté en el centro del conocimiento místico y del conocimiento práctico-moral no implica confundir conocimiento con amor: la inclinación apetitiva está totalmente despojada de cualquier poder cognoscitivo. De esta manera, incluso en contextos teológicos, el Angélico reconoce el concepto aristotélico: “el hábito de la virtud inclina al hombre a obrar rectamente, en cuanto que por ella el hombre tiene recta estimación del fin, porque como se dice en el libro III de la *Ética*, cual alguien es, tal así le parece el fin [...]. Si tiene una disposición inherente buena, estima bien y lo discordante lo estima como malo y le

⁹ *S.T.*, I, 1, 6 ad 3

¹⁰ *In De Divinis Nominibus* c. II, 1. 4, n. 192.

repugna”¹¹. Más radicalmente aún: “quien tiene el hábito de la virtud juzga rectamente de aquello que hay que obrar conforme a la virtud, en cuanto a aquello se inclina. Por eso dice Aristóteles en el libro X de la *Ética* que el virtuoso es medida y regla de los actos humanos”¹². Es el campo del juicio práctico. Se trata de la connaturalidad prudencial, pues en la virtud ya hay una incoación del fin que por ella se alcanza y que implica una posesión anticipada de la felicidad¹³, y que, de alguna manera avala la indefinición del Estagirita a la hora de presentar la virtud como camino o como fin.

En la base del conocimiento por connaturalidad siempre está la connaturalidad, es decir la proporción con el fin que es bien. De ahí que el juicio *per quandam connaturalitatem* (I-II, 65, 1) reclame: *compassio* (II-II, 45, 2), *similitudo*, *aequalitas*, *imago* (*In I Sent.*, d. 28, q. 2, a. 3, ad 4), *unio* (II-II, 45, 4), *amor*, *coaptatio* (I-II, 27, 4), *aptitudo*, *proportio* (I-II, 23, 4), *complacentia* (I-II, 27, 1), *convenientia* (*In II Sent.*, d. 26, q. 2, a. 3, sol 2). Ese conocimiento es *cognitio veritatis affectiva* (II-II, 162, 3 ad 1), *cognitio (veritatis) experimentalis* (II-II, 97, 2 ad 2), *cognitio per consensum voluntatis* (*In Ioannem* 8, 8), *cognitio per modum naturae* (*In III Sent.*, d. 23, q. 3, a. 3, sol 2, ad 2)¹⁴.

La distinción en juego es entre juicio *per modum inclinationis*, en el cual la inclinación hace ver rectamente al entendimiento, pues “la connaturalidad con el bien verdadero es la salvaguardia de la misma visión especulativa del bien”¹⁵, y el juicio *per modum cognitionis*, propio de quien tiene la ciencia moral. Así juzga rectamente de lo que pertenece a la castidad quien aprendió lo que es (“*per rationes inquisitionem... qui didicit scientiam morales*”), pero también quien es casto (“*propter connaturalitatem quandam [...] qui habet habitum castitatem*”)¹⁶. Lo cual da pie a una distinción semejante, que es la que a Santo Tomás precisamente le interesa en este artículo: entre la sabiduría

¹¹ *De Car.* 12c.

¹² *S.T.*, I, 1, 6 ad 3. Cfi. INOS BIFFI: “Il giudizio ‘per quandam connaturalitatem’ o ‘per modum inclinationis’ secondo San Tommaso: analisi e prospettive”. *Rivista de Filosofia Neoscholastica* 66 (1974) 356-393, 381: “una inclinación, presente en el sujeto que juzga, hacia el objeto que se trata de juzgar: si juzga en cuanto si es llevado al término del juicio, es por un hábito que lo dispone, participa del objeto, y entonces él puede ser considerado como medida y regla; esto significa: el objeto del juicio viene como a coincidir con el sujeto que juzga, el cual se pone como principio del juicio mismo”. Sobre el modo de proceder del hombre virtuoso, también puede verse: CIRO E. SCHMIDT ANDRADE: “Lo connatural y el conocimiento por connaturalidad en Santo Tomás de Aquino”, *Sapientia* 56 (2001)3-34,19.

¹³ Señala CRUZ GONZÁLEZ AYESTA: *El don de sabiduría según Santo Tomás. Divinización, filiación y connaturalidad*. EUNSA, Pamplona 1998,166: “Por la virtud la potencia tiende a su bien propio en cada acción concreta con una espontaneidad análoga a la del apetito natural... posibilita un conocimiento de los fines naturales a las potencias, en cada acción, que no es fruto de la deducción; es el conocimiento de la prudencia y es ‘*per modum connaturalitatis*’”.

¹⁴ Todas estas son expresiones referidas por INOS BIFFI, “Il giudizio ‘per quandam connaturalitatem ...’”, 356-357.

¹⁵ Cfr. CIRO E. SCHMIDT ANDRADE, “Lo connatural y el conocimiento por connaturalidad...”,19,

¹⁶ Cfr *S.T.*, II-II, 45, 2c

lograda por el estudio según el perfecto uso de la razón y la sabiduría como don tenida por cierta connaturalidad¹⁷, que tiene más relación con la caridad que con la fe.

En nuestro caso, el del don de sabiduría, la connaturalidad es unión del alma con Dios por la caridad, ya que es “por cierta unión con las cosas creídas que ellas mismas son conocidas”¹⁸. Éste es el hombre espiritual¹⁹. Con el sentido común que lo caracteriza, así lo presenta el Angélico, yendo de lo más fácil de experimentar a lo que exige más agudeza: En todas las cosas, aquel que está rectamente dispuesto, tiene un juicio recto acerca de las cosas singulares. Pero el que padece en sí una falta de rectitud, falta también en el juicio: el que está despierto juzga rectamente que él mismo está despierto y que otro duerme; pero el que duerme no tiene un juicio recto ni de sí mismo ni del que está despierto. Y por eso las cosas no son como le parecen al que duerme, sino como le parecen al que está despierto. Y lo mismo es acerca del sano y el enfermo respecto del juicio de los sabores, y acerca del débil y el fuerte respecto del juicio de los pesos, y acerca del virtuoso y del vicioso respecto de las cosas por obrar. Por lo tanto, el Filósofo dice en el quinto libro de la *Ética* que el virtuoso es regla y medida de todas las cosas humanas, tal son las realidades singulares, cual el virtuoso juzga que ellas son. Y según este modo el Apóstol dice aquí que el espiritual juzga todas las cosas, porque el hombre que tiene el intelecto ilustrado y el afecto ordenado por el Espíritu Santo, tiene un recto juicio acerca de las cosas singulares que corresponden a la salvación²⁰.

Por tanto, quien tiene la rectitud del juicio es el despierto, el sano, el virtuoso y el espiritual. A este último es a quien corresponde juzgar según reglas divinas, pues este juicio implica como supuesto la unión con Dios en base a cuyo conocimiento de contemplación y de consulta se puede juzgar. Pero para que se dé la unión del hombre con Dios, Dios lo ha unido a Sí mismo: Él nos une a Él por la caridad y, estando realmente unidos –amantes- a Él –amado-, nos infunde su don de sabiduría en el intelecto por acción de ese Amor.

En estos términos se refería Juan Pablo II a la sabiduría don descrita por el Aquinate:

El primero y mayor de tales dones es la sabiduría, la cual es luz que se recibe de lo alto: es una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo, que es propio de Dios. Esta sabiduría superior es la raíz de un conocimiento

¹⁷ Resulta muy interesante el desarrollo que hace Andereggen sobre la “conformación” con los “supraconceptos de la fe” del juicio por connaturalidad en que consiste el don de la sabiduría: por un lado, superan la conceptualización racional, y por otro, la naturaleza divina no es conceptualizable, ni son comprensibles por la limitada lógica humana ni comprenden a Dios. Cfr. IGNACIO ANDEREGGEN: “El don de la sabiduría del Espíritu Santo en Santo Tomás de Aquino”. *XV Semana Tomista Argentina*, n. 22, Sociedad Tomista Argentina, Buenos Aires, 1990, 6-7.

¹⁸ Cfr. *S.T.*, II-II, 9, 2 ad 1. El pasaje continúa: “Es lo propio del don de sabiduría. Por tanto, tiene más relación con la caridad que une el alma del hombre a Dios (que con la fe)”.

¹⁹ “El hombre espiritual tiene inclinación a juzgar rectamente de todo según reglas divinas por el hábito de la caridad, y emite el juicio según tales reglas divinas por medio del don de sabiduría, igual que el justo por la virtud de la prudencia emite el juicio según lo justo” (*S.T.*, II-II, 60, 1).

²⁰ *In I Ad Corinthios Expositio* II, 15; l. 3, n. 118.

nuevo, *un conocimiento impregnado por la caridad*, gracias al cual el alma adquiere familiaridad, por así decirlo, con las cosas divinas y *prueba gusto en ellas*. Santo Tomás habla precisamente de ‘un cierto sabor de Dios’ (*S. T.*, II-II, q. 45, a. 2, ad. 1), por lo que el verdadero sabio no es simplemente el que *sabe* las cosas de Dios, sino el que las *experimenta* y las *vive*. Además, el conocimiento sapiencial nos da una capacidad especial para *juzgar las cosas humanas según la medida de Dios*, a la luz de Dios. Iluminado por este don, el cristiano sabe ver *interiormente las realidades del mundo*: nadie mejor que él es capaz de apreciar los valores auténticos de la creación, mirándolos con los mismos ojos de Dios... Gracias a este don toda la vida del cristiano con sus acontecimientos, sus aspiraciones, sus proyectos, sus realizaciones, llega a ser alcanzada por el soplo del Espíritu, que la impregna con la luz ‘que viene de lo Alto’, como lo han testificado tantas almas escogidas²¹.

Mientras el don del entendimiento produce una primera purificación del alma, también dispone para la contemplación de Dios más perfecta del don de la sabiduría, acerca del cual dice Basso: “*Contemplar las cosas divinas, juzgar de todo según ellas y ordenar todo a ellas [...] concreta, instintiva y experimentalmente ‘por cierta connaturalidad con las cosas divinas’ [...]. Es evidente que para la connaturalidad con las cosas divinas hace falta la caridad, cuyo sujeto propio es la voluntad*”²². Queda descrita la experiencia de Dios que el alma tiene por el conocimiento de lo amado donado. Lo mismo que puede constatarse en el orden empírico estrictamente humano, también se da en este tipo de conocimiento acerca de las cosas divinas:

(aunque) la caridad (sea) efecto inmediato de la fe [...] cuando aparece la fe el amor ya debe estar presente (según el Evangelio) [...]. Cuando decimos a otra persona ‘tengo fe en ti’ [...] intentamos expresar [...] probablemente nuestra valoración indefectible de su individualidad [...]. Semejante confianza supone amor, penetra hasta el fondo del ser del amigo. El amor, lejos de encegernos, es lo único capaz de abrirnos los ojos, pues solo el amor nos permite intuir al otro tal cual es²³.

En el plano teologal de la sabiduría don, el conocimiento por connaturalidad íntimo y experimental “*emerge de la comunión real, ‘natural’ con Dios*”²⁴. Como se ve no es connaturalidad de la potencia cognoscitiva con su objeto, sino de la persona como

²¹ JUAN PABLO II, Pentecostés 1989, nn. 1-3.

²² DOMINGO BASSO; *Por el heroísmo a la felicidad. Reflexiones sobre el ideal moral cristiano*. Centro de Investigaciones de Ética Biomédica, Buenos Aires 1992, 182

²³ Cfr. DOMINGO BASSO, *Por el heroísmo a la felicidad...*, 178-179. No se niega que para amar haga falta conocer, sino que se afirma que, existiendo ambos –conocimiento y amor–, éste es el que impulsa a un conocimiento más perfecto. Para una presentación más exhaustiva acerca de la relación entre connaturalidad, amor y conocimiento, también puede consultarse el artículo citado de CIRO E. SCHMIDT ANDRADE, por ejemplo en las pp. 26-28.

²⁴ INOS BIFFI: *Op. Cit.*...,366.

sujeto cuya naturaleza, por el apetito con el que ama, está real y naturalmente asemejada (hecha “uno”) a lo amado, cuyo amor la despierta al conocimiento pleno de aquella.

“Hay un doble conocimiento de la divina bondad o voluntad. Uno ciertamente especulativo. El otro es un conocimiento afectivo o experimental de la divina bondad o voluntad, como cuando alguien experimenta en sí mismo el gusto de la dulzura divina y la complacencia de la divina voluntad”²⁵.

Rescatando este aspecto de la relación con el fin propio de toda forma de sabiduría (porque propio del sabio es ordenar), dice Gonzalez Ayesta: “el don de sabiduría proporciona el conocimiento del fin último como fin-felicidad, es decir como fin poseído por la inhabitación. De ahí la consideración de la connaturalidad como un conocimiento de Dios bajo razón de bien (análogo en su modo al conocimiento prudencial)”²⁶ y, también, “la caridad realiza la unión del alma con Dios como su fin [...] realiza una cierta proporción entre el hombre y Dios: diviniza”²⁷.

En el artículo quinto de la cuestión 45 que estamos comentando, Santo Tomás se plantea *si la sabiduría está en todos los que tienen la gracia*. Mientras en los artículos anteriores se refería a que solo quien está en gracia puede tener el don de sabiduría (a. 2),

²⁵ Cfr. *S.T.*, II-II, 97, 2 ad 2.

²⁶ Cfr. CRUZ GONZÁLEZ AYESTA: *El don de sabiduría según Santo Tomás...*,195.

²⁷ CRUZ GONZÁLEZ AYESTA: *El don de sabiduría según Santo Tomás...*,166. Sin embargo, esta autora no está de acuerdo con entender el conocimiento por connaturalidad como conocimiento experimental, es decir como experiencia del Dios inhabitante que es conocimiento místico. Asimila la connaturalidad sapiencial exclusivamente a la connaturalidad prudencial procurando destacar que es juicio especulativo y práctico, y suponiendo a su vez que la expresión *cognitio affectiva* como distinto de conocimiento especulativo debe entenderse como conocimiento práctico (v. g. p. 138). Yo creo que la contemplación infusa de la que tratamos en el don de la sabiduría, “conocimiento gustoso”, “dulce experiencia” según San Juan de la Cruz, porque es conocimiento amoroso, es decir contemplativo en el sentido propio del término, incluye los dos aspectos del juicio aunque en modos diferentes: es especulativo y amoroso de Dios, Causa Primera configurante, y por tanto, práctico de la acción humana en relación con esa causa Primera y por eso del resto de las realidades (*exitus-reditus*); cfr. *S.T.*,II-II, 45, 2c : “Se ocupa de las razones eternas (*supernis*), es decir divinas, tanto para contemplarlas como para consultarlas (*et conspiciendis et consulendis*): para contemplarlas ciertamente en cuanto que contempla las cosas divinas en sí mismas, para consultarlas en cuanto que por las cosas divinas juzga de las humanas, dirigiendo los actos humanos por reglas divinas”. También, cfr. *In III Sent.* d. 35, q. 3, a. 1, q1a. 2: “El don de sabiduría posee una eminencia de conocimiento por cierta unión con las cosas divinas, a las cuales no nos unimos sino por el amor, para que quien adhiere a Dios se convierta en un solo espíritu con Él (I *Cor* 6, 17); por eso el Señor dice haber revelado los secretos del Padre a los discípulos (*Jn* 15, 15), por ser sus amigos. Por consiguiente, el don de sabiduría presupone la dilección como su principio, y en este sentido se halla en el afecto, pero en cuanto a su esencia está en el conocimiento; por donde su propio acto parece consistir aquí y en el futuro en contemplar las cosas amadas y juzgar por ellas de otras, no sólo en cuanto a lo especulativo, sino también en cuanto a lo operable, en donde el juicio se asume del fin”. Se completa con el texto siguiente: “Por esto mismo que la sabiduría que es don es más excelente que la sabiduría que es virtud intelectual, porque lleva más cerca de Dios, por cierta unión del alma a Él mismo, es que no sólo dirige en la contemplación, sino también en la acción” (*S. T.*, II-II, 45, 3, ad 1).

siempre causado por la caridad (a. 3), ahora se detiene en qué tipo de gracia es la que corresponde a ese don en su grado máximo:

Los que están unidos con las cosas divinas reciben la sabiduría según diversos grados. Unos reciben tan recto juicio tanto en la contemplación de las cosas divinas como también en la ordenación de las cosas humanas según las reglas divinas cuanto les es necesario para la salvación; y esto no falta a ninguno que se halle sin pecado mortal por la gracia santificante... En cambio, otros reciben el don de sabiduría en un grado más alto, tanto respecto de la contemplación de las cosas divinas, en cuanto conocen ciertos misterios más elevados y pueden manifestarlos a otros, como también respecto de la dirección de las cosas humanas según las reglas divinas, en cuanto pueden según ellas no sólo ordenarse a sí mismos sino también ordenar a otros. Este grado de sabiduría no es común a todos los que tienen la gracia santificante (*gratiam gratum facientem*), sino que más bien pertenece a las gracias gratis dadas (*gratias gratis datas*), que el Espíritu Santo distribuye como quiere, según aquello de I Cor. 12, 8: ‘a unos es dado por el Espíritu palabra de sabiduría (*sermo sapientiae*)’.

Al distinguir grados en la sabiduría como don, el Angélico nos presenta una llave concreta para pasar, siempre a través del conocimiento por connaturalidad –también graduado–, de la consideración del don de sabiduría como tal al don extraordinario de sabiduría (*gratia gratis data*) emparentado con el carisma *sermo sapientiae*, escogidamente otorgado por el Espíritu para la edificación de la Iglesia²⁸. Quienes poseen este “don de hablar con sabiduría” que, según Andereggen, implica una mejor naturaleza individual para aplicar al servicio de los demás²⁹, es a quienes solemos llamar “místicos”. Sin embargo, es conveniente tener presente que todo cristiano, en gracia y por la caridad, tiene una vocación universal a la vida contemplativa y, por tanto, también a ser un místico, que por ese conocimiento sabroso de Dios, vive su unión con Él³⁰.

María Fernanda Balmaseda Cinquina

²⁸ En el *Comentario a las Sentencias* también distingue los dones según sean considerados en lo que son (*ad esse absolutum*) o en lo que los perfecciona (*ad esse perfectum*). Los primeros corresponderían a los dones; los segundos, a lo que hoy en general se llama carismas. Cfr. *In III Sent., d. 36, a. 3c*, citado por CRUZ GONZÁLEZ AYESTA: *El don de la sabiduría según Santo Tomás...*, 185.

²⁹ Cfr. IGNACIO ANDEREGGEN: *Contemplación filosófica y contemplación mística*. EDUCA, Buenos Aires 2002, 122.

³⁰ Cfr. DOMINGO BASSO: *Por el heroísmo a la felicidad...*, 156.

Abstract:

Connaturalidad por connaturalidad

La ponencia considera las dos dimensiones del conocimiento por connaturalidad, una, en el orden contemplativo y místico, en relación con el don de sabiduría, la otra, en el orden práctico y moral, correspondiente con la virtud. En la base del tratamiento que Santo Tomás hace de este “conocimiento afectivo” se encuentra la noción de experiencia de Aristóteles y la misma connaturalidad.

Curriculum vitae:

María Fernanda Balmaseda Cinquina

Católica. Argentina. Hija de Ángel Hugo Balmaseda Nadal y Delia Cinquina de Balmaseda, y sobrina y ahijada de Leonor Cinquina. Bachiller Universitaria, Profesora y Licenciada en Filosofía (UNSTA). Ha dado clases en la UBA, UNSTA, Austral y UCA, donde actualmente ejerce su actividad con exclusividad como Profesora Ordinaria tanto en el Grado como en el Posgrado. Tiene más de cincuenta publicaciones en revistas nacionales y extranjeras, y capítulos de libros en colaboración, como así también participaciones en Congresos de Argentina y Europa. Vocal de la Sociedad Tomista Argentina (períodos 1996–2008 y 2017-2023) y Secretaria (a partir de 2023).

Dirección electrónica: mfalmaseda@gmail.com